



1994 Año Internacional de la Familia

Familias que buscan amparo

El número de refugiados en el mundo se ha duplicado con creces desde 1981, habiendo superado los 18 millones en 1992, en comparación con 8 millones hace un decenio. La inmensa mayoría de quienes huyen de la guerra o la persecución en su país lo hacen como unidades familiares, y las mujeres y los niños constituyen el 80% de los que buscan amparo.

“La decisión de buscar amparo suele tomarla la familia”, según afirma Susan Forbes Martin, una de las fundadoras de la Comisión para Mujeres Refugiadas y Niños. “Los patrones familiares, especialmente los de la familia extensa, suelen determinar quién busca amparo y dónde”.

Así pues, ante una situación de emergencia pueden huir familias enteras, o puede ocurrir que los varones adultos opten por poner a las mujeres y a los niños a salvo de la amenaza, quedándose ellos atrás para cuidar de sus tierras u otros bienes, o para combatir en una guerra civil. Quienes abandonan sus comunidades suelen buscar amparo en lugares en los que se han asentado familiares o miembros del grupo al que pertenecen. Con el paso de los años, las estrategias se modifican y cabe que los miembros de la familia regresen a sus hogares o emprendan la huida para reunirse con sus familiares, según el grado de peligro y las oportunidades que tengan de sobrevivir.

Primeros peligros para las familias de refugiados

Tanto al buscar amparo como al enfrentarse a las circunstancias que los obligan a ello, son muchos los que encuentran la muerte. Quienes sobreviven no logran, por desgracia, escapar al trauma psíquico.

En una vista celebrada el año pasado, María Ana de Jesús Rodríguez declaró que en 1980 numerosas familias habían abandonado su aldea en un país centroamericano tras las torturas infligidas y los asesinatos perpetrados por las fuerzas militares; declaró también que cuatro de los que huían fueron asesinados mientras intentaban cruzar la frontera y llegar a un país vecino y que, mientras pretendían re-

gresar a su país al año siguiente, otras 36 personas habían muerto en la misma región víctimas de un bombardeo.

Canon Burgess Carr, Director de la Comisión Episcopal para las Migraciones y ex Secretario General del Concilio Panafricano de Iglesias, conserva en la memoria los relatos que unas madres de familia burundianas le confían en 1970. Tras abandonar “aldeas en llamas y adentrarse en el herbazal, tuvieron que acallar para siempre el llanto de sus hijos aplastándoles el cráneo entre sus propias rodillas para impedir que los soldados que las seguían descubriesen al grupo entero”.

La violencia de los elementos suele también diezmar a las familias que huyen, ya se trate de tormentas que hacen zozobrar destartaladas embarcaciones en alta mar, sequías, inundaciones o aluviones. Filsan Darman, quien antes impartía educación social para mujeres y niños por encargo de la Oficina del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados en Somalia y hoy dirige un programa de socorro para somalíes desplazados, conversó con una madre que había visto perecer a dos de sus hijos devorados por leones mientras intentaban huir de la guerra civil.

A veces no queda ni vestigio de la familia. En el Sudán meridional, por citar un ejemplo, los jóvenes temen tanto los ataques de una de las facciones opositoras en la guerra civil como el reclutamiento forzoso. Año tras año han buscado refugio en masa en Kenya y en Etiopía, de tal manera que hacia 1988 cuatro de cada cinco de los 180.000 refugiados del campamento etíope de Itang eran varones no acompañados por familia. Los padres de muchos de esos jóvenes habían muerto asesinados, mientras que sus madres y hermanas habían sido secuestradas y violadas.

Tendencias mundiales

Los refugiados no se circunscriben a una sola región del mundo. Multitudes de ellos abandonan zonas de Indochina, el Asia central, el Cuerno de Africa, Africa meridional, la costa del Mediterráneo oriental, el Caribe y Centroamérica, lugares en los que la encarnizada lucha se ha